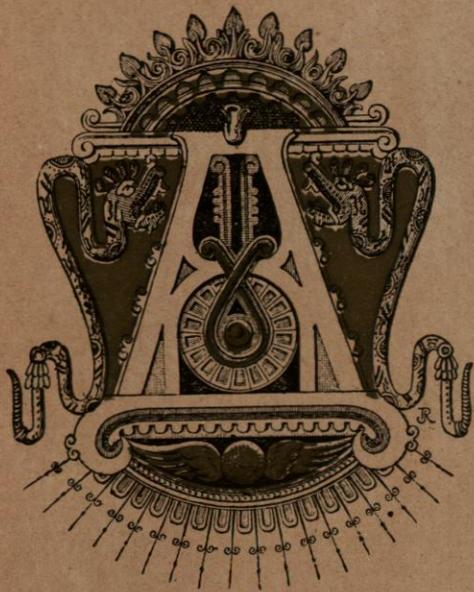




INTRODUCCIÓN



LA moda de las Exposiciones sucedió, no hace mucho tiempo, la de los Centenarios: algo como mundanas y populares apoteosis, culto y adoración de los héroes. Y hallándose esta moda en todo su auge, se nos vino encima el año de 1892, y con él un grandísimo empeño, en la peor ocasión que pudiera imaginarse y temerse.

Van á cumplirse cuatro siglos desde que se descubrió el Nuevo Mundo, acontecimiento de tal magnitud, que no hay en la historia de nuestro linaje otro mayor en lo meramente humano: no hay acaso otro mayor, salvo la teofanía del Sinaí y el suplicio redentor del Gólgota.

¿Cómo no ha de celebrar España este cuarto Centenario que celebrarán á porfía

las nuevas naciones de América, y sin duda Italia, patria del atrevido é inspirado piloto que se abrió camino por el Atlántico para que el vaticinio de Séneca se cumpliera, se agrandase el concepto de las cosas creadas, y se llegase al fin, no por conjeturas y especulaciones, sino por experiencia, á conocer la extensión, la forma y la repartición exacta en continentes, islas y mares, del planeta en que vivimos?

La ocasión, con todo, no podía ser, como queda dicho, menos propicia para nosotros. Ciertamente que España, mirado sin pasión y en absoluto el estado en que hoy se encuentra, no es menos rica que en ninguna otra edad, ni tiene motivo para sentirse humillada: pero la comparación y el espectáculo de cuanto la rodea hacen que se abata y hasta que desespere.

Otros países de Europa han subido á tal grado de prosperidad, merced al trabajo, á las artes útiles y mecánicas y al ahorro de sus habitantes, que los españoles vienen á quedar muy por bajo, cuando ahora más que nunca el poder depende del haber, porque las armas ofensivas y defensivas, por mar y por tierra, cuestan sumas enormes, y porque se aperciben, sustentan y organizan millones de soldados, con los cuales se amenazan de continuo unos pueblos á otros, gastando todos en tamaños alardes y fieros no escasa porción de lo que producen en las provechosas faenas del comercio, de la agricultura y de la industria. Y no vale decir, como dicen los prohombres que alternativamente gobiernan á España, que nosotros, en cualquiera contienda que ocurra, debemos permanecer neutrales, sin buscar aventuras ni conquistas, y sin aspirar á que nuestra espada se ponga en la balanza donde las grandes Potencias ponderen de nuevo, el día menos pensado, los títulos y *últimas razones* que tienen que alegar para el predominio ó la hegemonía.

Aunque nuestra patria no anhele desquite ni medro, aunque tenga firme propósito de conservar la actitud más desinteresada y pacífica, si para conservarla hemos de mantener un grande ejército, y todos los aprestos y municiones que en el día se usan, resultará que, sin ganas de combatir, sin ambición y sin enojo, y sin esperar ni engrandecimiento ni gloria, tendremos que hacer sacrificios ruinosos para un pueblo tan pobre y tan castigado como el nuestro por todo género de calamidades; y tal vez, después de tan costosas precauciones para conservar la neutralidad, tendrá ésta que romperse por circunstancias imprevistas, yéndonos á deshora, sin alianzas, sin apoyo, sin plan, sin previo concierto con nadie, del lado de quien menos nos convenga, y exponiéndonos á que nuestra forzosa cooperación sea mal agradecida y peor pagada.

Con el perverso humor que infunden estas consideraciones, y aturcidos por el clamor general pidiendo economías, que no se harán si no nos resignamos á quedar inermes, nos ha sorprendido el glorioso Centenario.

Aquella antigua jactanciosa soberbia de que nos acusaban en Francia, apellidándola *morgue* ó *rodomontade*, y en Portugal *funfarricie*, ha venido á trocarse en la humildad más ridícula. No pocos españoles han llegado á creer, no ya que estamos caídos, sino que jamás fuimos merecedores de elevarnos, siendo causa de nuestro

efímero encumbramiento un conjunto de casos fortuitos, y no el valor, el ingenio y la constancia.

De la aceptación resignada de cuanto el desdén ó el odio ha hecho decir contra nosotros en tierras extrañas nace sin duda la indiferencia general, que no podemos menos de notar y que no queremos disimular, con que se mira el Centenario, ya cercano, en que ha de conmemorarse el hecho importantísimo que abre en la Historia Universal nueva Era y es el mayor de nuestros triunfos pasados.

Sin duda que hemos abusado del recuerdo de dichos triunfos hablando á cada paso, y no siempre con motivo, del sol que no se ponía en nuestro territorio; de Lepanto, de Otumba, de San Quintín y de Pavía: pero la repetida é inoportuna exhibición de nuestras póstumas grandezas no justifica la frialdad y el despego con que las miramos hoy cuando viene tan á propósito el ensalzarlas.

Hoy es distinguido, es elegante, es *liberal*, se mira como prueba de singularísima ilustración en no pocos españoles, el desdeñar á su patria y el afirmar que, si alguna vez fué poderosa y grande, lo debió á enlaces regios y á momentáneos y no merecidos caprichos de la ciega fortuna. Y como no basta citar el testimonio contrario de autores católicos ó de españoles retrógados y *oscurantistas*, que ignoran ó aborrecen la cultura y la vida europea, queremos citar aquí al príncipe quizá de los historiadores de este siglo, inglés, protestante por religión oficial, y positivista de hecho, el cual impugna elocuentemente tan mala opinión, diciendo en nuestra alabanza lo que ningún español se atrevería á decir hoy por miedo de que le tildasen de presuntuoso y de poco versado en las flamantes filosofías de la historia, compuestas para regalo y deleite de la vanidad de otras naciones, ajando la nuestra con el aserto, más ó menos explícito, de que España, por su Inquisición y su intolerante fanatismo, ha sido rémora y obstáculo del progreso humano.

«La supremacía, dice, que España tenía en Europa era debida á su indisputable superioridad en todas las artes de la guerra y de la política. El carácter que Virgilio atribuye á sus compatriotas podían apropiársele los graves y altivos caudillos y magnates que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores. El arte *majestático*, el *regere imperio populos*, no fué mejor entendido por los romanos, en los más brillantes días de su República, que por Gonzalo, Cisneros, Cortés y Alba. La destreza de los diplomáticos españoles era admirada en toda Europa. El nombre de Gondomar se recuerda aún en Inglaterra. La nación soberana no tenía rival en ninguna clase de combates. La impetuosa caballería de Francia y la apretada falange de los suizos flaqueaban por igual al ponerse frente á frente de la infantería española. Y en las guerras del Nuevo Mundo, donde se requería, en el general algo diverso de la estrategia ordinaria, y en el soldado algo diverso de la ordinaria disciplina, para contrarrestar con insólitas mañas y trazas la táctica variable de un enemigo bárbaro, los aventureros españoles, salidos de entre el pueblo, desplegaron una fertilidad de recursos y un talento para la negociación y para el mando de que apenas ofrece otro ejemplo la historia.»

Halla luego Macaulay que el español de entonces era con respecto al italiano lo que el romano, en los días de la grandeza de Roma, era con respecto al griego. Y supone que, á más del principado, pasó de Italia á España no poco del magisterio, como había pasado, en la antigüedad, de Grecia á Italia, maestra de las gentes. Pudo repetirse lo de Horacio: *capta ferum victorem cepit*. Y así, en ninguna sociedad moderna, ni en Inglaterra durante el reinado de Isabel, hubo tan gran número de hombres eminentes, á par que en letras en toda empresa de vida activa, como en España, durante el siglo XVI.

Y citando frases de un compatriota suyo del tiempo de María Tudor, nos representa el asombro con que los ingleses miraban entonces á los españoles, fingiéndoselos á manera de demonios, si horriblemente malévolos, aún más poderosos y sagaces, porque refrenaban sus ímpetus con astuta prudencia y se amoldaban á la condición de los hombres, cuya voluntad querían ganar, para sujetarlos después á su opresora tiranía: en todo lo cual sobrepujaban á las demás naciones de la tierra. «No de otra suerte, concluye, se expresaría Arminio al hablar de los romanos, ó, en nuestra época, un personaje del Indostán al hablar de los ingleses: propio lenguaje de todo sujeto á quien inflama la ira y á quien los que aborrece acobardan, obligándole á sentir con dolor la superioridad de ellos, no sólo en poder sino en inteligencia.»

Si el Lord entusiasta no peca de exagerado, y si prescindimos de aquello con que el rencor y la envidia denigraban á los españoles, así eran éstos cuando un extranjero oscuro y menesteroso vino á solicitar de sus reyes, empeñados entonces en empresa costosísima y llena de peligros, que acometiesen otra, tan inaudita y ardua que los gobiernos de varias naciones la habían ya reprobado y desechado por irrealizable.

Al considerarlo bien, no se extraña que tardase Colón en conseguir lo que anhelaba; antes sorprendería y pasmaría que hallase, como halló, tantos valedores, si no se tuviesen en cuenta el despejado espíritu, el ánimo valiente y la noble ambición de los españoles de aquella era. El apoyo, que al piloto genovés dieron Luis de Santángel, Fray Diego de Deza, Juan Cabrero, el gran cardenal Mendoza, los Padres de la Rábida y los Pinzones, sin disminuir en nada la gloria de la Reina Católica por su fe y por su inspirada confianza, concurren á demostrar que España era digna de llevar á cabo la hazaña maravillosa y estaba llamada por el destino, por la Providencia ó por la ley que dirige á la humanidad en su progreso, á ensanchar los límites del mundo conocido y á completarle para el hombre, abriendo vías nunca holladas y explorando inmenso campo, fértil y virgen, por donde se dilataran triunfantes el audaz linaje de Jafet y la civilización de Europa.

Lo cual no fué inspiración del momento, ni del todo impremeditada ventura, ni suceso aislado y sin antecedentes, sino punto en una línea, grado en una escala, y centro culminante en el desarrollo y acción de una epopeya, empezada y seguida por los portugueses, desde principios de aquel siglo, para disipar la oscuridad y ahuyentar los fantasmas y monstruos que el miedo y la ignorancia habían engendrado en el mar tenebroso, y llegar surcándole á las claras regiones de la Aurora, en que están

las islas de las especias aromáticas y hay golfos donde las perlas se cuajan, y montañas donde se crían los diamantes y ríos que arrastran oro en sus arenas.

Los portugueses, con tenaz perseverancia, andaban procurando llegar allí, y, gracias á los estudios y esfuerzos de Jaime el Mallorquín, del infante D. Enrique, de Ayres Tinoco, de Gil Eannes y de Bartolomé Días, habían ido ya hasta el extremo austral del África y habían doblado el Cabo, que el Príncipe Perfecto llamó de Buena Esperanza, cuando Colón presupuso la redondez de la tierra, y, con el auxilio de los españoles buscó camino más corto y directo para llegar á la India y al Catay, y halló tierras desconocidas que creyó ser las últimas del rico y luminoso Oriente que los portugueses buscaban.

El jubiloso aplauso de los sabios de Europa, la aclamación entusiasta de los pueblos, la marcha triunfal del gran marino, cuando al volver de su primer viaje fué de Palos á Barcelona, y el lauro incruento con que los Reyes de Aragón y de Castilla ciñeron sus sienas, es lo que principalmente nos incumbe recordar en el presente Centenario. Pero en tal poema no es posible atender á uno solo de sus cantos, aunque sea el más interesante. Todo él está enlazado en la magnífica unidad de su conjunto. La despertada emulación de los portugueses movió á Vasco de Gama y le hizo llegar á Calicut; y los castellanos, siguiendo en el empeño de completar el conocimiento del globo, revelaron á los hombres toda su grandeza, hicieron visible el gran continente que se interpone entre el Atlántico y el Pacífico, tomaron posesión con Balboa de este nuevo mar, y, por último, con el portugués Magallanes, llevaron el estandarte de Castilla hasta el punto, en realidad mucho más de doblemente remoto, adonde Colón imaginó haber llegado. En la maravillosa acción de este poema, que desde 1492 y en lo esencial apenas dura treinta años, figura muchedumbre de héroes, como Ojeda, Juan de la Cosa, Cortés, Jiménez de Quesada, Albuquerque, Castro, Pizarro, Orellana y Elcano, el cual le termina gloriosamente, al aportar á Sanlúcar, en la nave *Victoria*, el día 7 de Septiembre de 1522, después de haber, por la primera vez, circunnavegado el planeta.

Al retraer todo esto á nuestra memoria, siente el amor propio nacional honda satisfacción y se experimenta algún consuelo para los apuros con que hoy vivimos: mas no por eso los apuros son menores, sino que se aumentan y se ven con claridad más ominosa.

Cuando, en cierto famoso libro que, siendo España preponderante, escribió un fraile napolitano para dar consejos al Rey á fin de que fundase la monarquía universal, leemos, por ejemplo, que era *admiracione dignum quo modo consumatur tanta divitiarum vis sine ullo emolumento, et cum videamus regem fere perpetuo inopia laborare*, nos inclinamos á reconocer la constante incapacidad para el arreglo de la hacienda de que adolecemos hace siglos, aunque en el día aflija más, porque tiene la gente menos fe y menos paciencia, y porque la necesidad del dinero es mayor para todo. Y sube de punto la aflicción, si contemplando la ingente fuerza creadora de riqueza que desenvuelven otros pueblos, hallamos mezquina é inhábil en nosotros la virtud

que la crea. Así, al pensar en la soberbia esplendidez con que los Estados Unidos se preparan á celebrar el cuarto Centenario del descubrimiento de América, se contrista y se amilana el espíritu por la escasa cantidad de que en España se dispone para las solemnidades y pompas que deben conmemorarle.

La dichosa y brillante metrópoli del Noroeste de la gran República, asentada en la margen occidental del lago Michigán, cuyas aguas la riegan y abastecen, subiendo, filtradas y absorbidas, por artificio humano, á una torre de 160 pies de altura, para derramarse y distribuirse luego en la población; la rival de Nueva York en industria y comercio, cruzada por ríos y canales donde se reflejan mil monumentos y palacios, circundada de frondosos jardines, sotos, extensos parques y deliciosas quintas, y centro de cien líneas férreas, quiere y va á lucirse, pasmando al mundo con sus fiestas en honor de Colón y de su hazaña.

¿Qué lujo, qué grandeza puede preverse que allí no se despliegue, si se mide la potencia de aquella ciudad, miserable aldea aun en 1833, cuando construyó su primera casa de ladrillo, abrasada luego en 1871 en voraz incendio, que consumió por valor de 200.000.000 de duros, y renacida á poco, como el fénix de sus cenizas, más gloriosa y opulenta que antes?

Las maravillas de la última y reciente Exposición de París serán, sin duda, sobrepujadas y eclipsadas en Chicago. Millares de obreros trabajan en levantar multitud de edificios en los dilatados y hermosos parques del Lago y de Jackson. Se están gastando millones de duros. La agricultura, la horticultura, la arboricultura, la electricidad, las bellas artes, las artes mecánicas, la pescadería y hasta la lechería, tendrán sendos palacios. El de los Transportes será tan colosal que medirá 200 pies de ancho y 1.100 de largo. Le dará digna y portentosa entrada la ya célebre *Puerta de Oro*. Brillarán allí en competencia, sobre muchos kilómetros cuadrados, todos los géneros y estilos de arquitectura; agujas góticas, obeliscos egipcios, columnas greco-romanas y cúpulas gigantescas, que se elevarán cerca de 200 pies sobre el terreno.

Al recibir estas noticias y al vislumbrar por ellas el esplendor que tendrán las fiestas en la ciudad del Illinois, no pudimos menos de asustarnos: pero España no debe arredrarse: España necesita, hasta donde alcancen sus fuerzas, celebrar también el cuarto término secular del grande acontecimiento.

Así lo comprendió el Gabinete que presidía Sagasta, y, por medio del entusiasta ministro D. Segismundo Moret, creó una Junta para que preparase y dirigiese las fiestas del Centenario. El ilustre duque de Veragua, descendiente del egregio descubridor, tuvo la inmediata presidencia de esta Junta é hizo cuanto pudo, con laudable actividad, discreción y patriotismo, para que saliésemos airosos de nuestro ineludible y difícil empeño. Retirado después el Duque, á causa tal vez de su quebrantada salud, y habiendo subido al poder el Sr. Cánovas, creó éste nueva Junta de menor número de personas; y, presidiéndola, se emplea, con afán y tino, en el mismo propósito. Varias corporaciones, oficiales y populares, le prestan generoso auxilio; y todo nos induce á esperar que la combinación de tantos esfuerzos logre al cabo éxito satisfactorio.

No habrá centenares de flamantes palacios como á orillas del lago Michigán, pero se erigirán hermosos monumentos en la Habana, en Granada, en Palos y quizás en Valladolid. Tendremos certámenes para premiar composiciones en verso y prosa; construiremos tal vez la carabela *Santa María*; la Academia de la Historia publicará bibliografías y documentos colombinos; reuniremos varios Congresos científicos; y, si no abriremos Exposición universal de todas las industrias, la habrá de Bellas Artes, donde confiamos en que darán gloria á España nuestros pintores y escultores.

Más digna de atención aún será la Exposición americana precolombina que se prepara. Si las Repúblicas de nuestra lengua y sangre acuden con tiempo á enviarnos lo que prometen, se formará por dicha Exposición el más cumplido concepto de las artes, cultura, saber, religiones y costumbres de los habitantes del Yucatán y del Anáhuac, de los Chibchas de Bogotá y de los mil pueblos que vivían bajo el dominio de los Incas.

Por último, y esto podrá ser lo más curioso, rico y bello, habrá una Exposición histórica de objetos de arte, armas, joyas y demás productos de la industria, en toda Europa y particularmente en Portugal y en España, durante más de un siglo, en que se realizaron el descubrimiento, la colonización y la conquista de las nuevas regiones transatlánticas. En esta Exposición acaso rayemos, por diverso medio, á la misma altura que alcance la que habrá á orillas del lago Michigán. Todo depende de que los Prelados y Cabildos de nuestras Catedrales desechen desconfianzas y escrúpulos infundados, y se presten á mandar á la Exposición los primorosos é inestimables tesoros que celosamente custodian. España, que pudo, en aquella edad, creerse el Pueblo de Dios, con la vocación de extender su nombre y su ley por la tierra, que ella misma se diría que había agrandado, y con la misión providencial de mantener al propio tiempo en Europa los principios y doctrinas que informaron la civilización greco-latina ó cristiana y conservaron su unidad, durante 1.500 años, consagraba entonces en los altares, para servicio, gala y ornato de las iglesias, cuanto poseía de más precio por lo exquisito y costoso de la materia y por la delicada é ingeniosa perfección del trabajo.

Para la Iglesia católica el Centenario es más que para nadie renovado triunfo, á cuya magnificencia debe contribuir, luciendo sus galas y ostentando sus dijes. Muchas más almas ganó la Iglesia por Colón que perdió por Lutero. Colón hizo surgir para la Iglesia, como del seno de los mares, el magno anfiteatro donde combatieron con gloria tantos valerosos y santos atletas de la fe, vertiendo por ella su sangre, y donde tantos varones piadosos obraron portentos de caridad, se sobrepusieron en valor, sufrimiento y constancia, á los más firmes guerreros, y difundieron el bálsamo del consuelo y de la esperanza en aquel siglo de costumbres duras y crueles. Así descollaron entre mil, un San Francisco Solano, un San Luis Beltrán, un Motolinia, un Bartolomé de Las Casas, protector de los indios, y un Alonso de Sandoval y un Pedro Claver, esclavos de los esclavos negros que venían de África, á quienes cui-

daban, evangelizaban y amaban como á hermanos, y á quienes amparaban y defendían como á los hijos de sus misericordiosas entrañas.

El genio ibérico, en la admirable expansión de sus bríos, para la cual juzgó estrecho el mundo antiguo y buscó y halló otro nuevo, por donde llevar triunfante la Cruz de Cristo con las artes de Europa, suscitó á este fin muchos fervorosos campeones; pero fuerza es confesar que á todos se adelantaron tal vez los discípulos y sucesores de aquel Ignacio de Loyola, de quien dice el historiador inglés ya citado, que en la gran reacción católica tuvo la misma parte que Lutero en el gran movimiento protestante. La Compañía de Jesús, no contenta con sacar vencedor en Trento el libre albedrío humano, y con educar á los europeos, estrechando el pacto de alianza entre las ciencias, las letras y la ortodoxia, invadió los países que habían descubierto los más audaces navegantes, bajó para consolar á los trabajadores al fondo de las minas del Perú, fué á Guinea, y vivió en Cartagena de Indias para aliviar la suerte de los esclavos negros, cruzó nevadas serranías, selvas y páramos, realizó Utopías ideales ó renovó pasmosas Salentos, y aportó á islas remotas y á comarcas inhospitables, convirtiendo infieles y reduciéndolos á vivir político, donde la curiosidad ó la codicia no habían penetrado aún, y predicando y discutiendo en idiomas de que nadie del Occidente de Europa había oído palabra.

El cuarto Centenario que vamos á celebrar, refresca y reverdece todos estos laureos, y evoca en cifra y resumen mil y mil gloriosos recuerdos de la Iglesia Católica de España. Justo y conveniente es, pues, que sus Prelados concurren al esplendor de la solemnidad, enviando á la Exposición las riquezas artísticas que poseen. Esperamos que no han de ocultarlas *sub modio*, sino que han de colocarlas *super candelabrum*, sin que nadie lo achaque á vanidad mundana; antes bien, lo atribuyan todos á que se interpreta con rectitud la sentencia del Soberano Maestro y se aspira á que los hombres glorifiquen á Dios al ver obras tan bellas y ricas.

De todos modos, no desfallece nuestra esperanza, ni nos abandona el convencimiento de que será brillante la Exposición retrospectiva. Y asimismo creemos que las demás fiestas, ceremonias y regocijos públicos, que se disponen, han de ser dignos del objeto y verdaderamente memorables.

Para dar noticia de ellos, describirlos y conservar por escrito su recuerdo, en un libro que dure, la Junta directiva nos ha confiado el difícil encargo de redactar y publicar la presente REVISTA ILUSTRADA.

Si hemos de salir airosos del compromiso, menester será que nos preste poderoso auxilio el talento de nuestros dibujantes, los cuales, por medio de los varios procedimientos que el arte tiene ahora, representarán con fidelidad y buen gusto, y multiplicarán en estampa las más importantes escenas á que dé ocasión el Centenario; las estatuas y columnas que se están erigiendo; los edificios que se construyen ó restauran; las medallas que van á acuñarse; los más preciosos documentos de la edad que se recuerda; la multitud de joyas, armas, vasos, ídolos, vestimentas antiguas, cuadros, esculturas, instrumentos y muebles que se expongan; y los retratos,

ya de algunos ínclitos varones cuya gloria va á conmemorarse, ya de aquellas personas de viso y valer que intervengan en la conmemoración, la dirijan ó contribuyan á hacerla más lucida.

Como en nuestra REVISTA hemos de narrar la historia del Centenario, desde que se decretó oficialmente su celebración hasta que ésta termine, procuraremos hacerlo con claridad y concisión, insertando, además, á modo de documentos justificativos, las disposiciones que á dicho asunto se refieran, ora del Gobierno de S. M. la Reina Regente, ora de la Junta directiva.

Ya se echa de menos, tanto por los extranjeros que desean acudir á España, como por los representantes de las monarquías y repúblicas, acreditados en esta corte, un programa oficial de las fiestas y solemnidades. Se anhela saber con exactitud si éstas empezarán en Huelva, el día 3 de Agosto, con la apertura del Congreso de Americanistas en el restaurado convento de la Rábida, con botar al agua la renovada carabela *Santa María*, y con la inauguración de la columna que recuerde el embarque de Colón y de sus compañeros al emprender el primer viaje; si dominado el cisma que, según parece, divide hoy á los orientalistas, celebrarán éstos un Congreso, cuyas sesiones sean sucesivamente en el Alcázar de Sevilla, en la Mezquita de Córdoba y en la Alhambra de Granada, que tal vez se ilumine con luz eléctrica: cuándo será la inauguración de la estatua de Isabel la Católica, que ha de erigirse en la poética ciudad, regia residencia que fué de los Nazaritas; si con motivos tan faustos irán á Andalucía la Reina Regente y su Augusto Hijo; y, por último, si será el 12 de Octubre el día en que las Exposiciones se abran, y qué pompas y ceremonias han de acompañar y seguir á este acto.

No siendo aún posible redactar y publicar el programa, conviene refrenar la impaciencia, confiando en que pronto se publicará, y en que, salvo alguna leve alteración, será como le prevemos.

Además de la historia y descripción de todo lo relativo al Centenario, es nuestro intento que sea la REVISTA á modo de álbum, donde notables escritores portugueses, hispano-americanos y españoles, den muestra de su ingenio y saber en artículos, variados y amenos, que divulguen el conocimiento de las hazañas y empresas que van á celebrarse; en lo cual, aunque no logremos revelar misterios, desentrañar reconditeces, añadir noticias peregrinas á lo que se sabe, y cambiar, como no sea en menudencias, lo que es tenido por verdad histórica, todavía podremos hacer popular cuanto por esta verdad se atestigua, realzando en la mente del público de hoy su sublimidad trascendente.

Aunque ésta fué desde luego comprendida y celebrada por las personas pensadoras é instruídas, en Italia, en Francia, en Alemania y en más distantes países; aunque Alejandro VI dividió, desde 1493, entre portugueses y castellanos, el mundo ensanchado por ellos; y aunque Pomponio Leto lloró de júbilo y Pedro Mártir escribió la *Oceánica*, que leían con entusiasmo los Médicis en el Vaticano, todavía no hubo de entenderse bien, desde el principio, el descubrimiento de Colón por la generali-

dad de los hombres. Los sucesos extraordinarios se precipitaron con tal rapidez, desde la primera vuelta del genovés hasta la de Elcano, que apenas hubo tiempo, no ya de reflexionar sobre todo, pero ni de tener de ello clara noticia.

La expresión enfática de *Nuevo Mundo*, con que no tardaron en ser designadas las tierras recién descubiertas, prueba la importancia que pronto se les dió: pero la misma novedad del caso y el olvido ó la carencia de precedentes se oponían á su completa comprensión inmediata por el vulgo. Se habían olvidado ó no habían tenido resonancia ni consecuencia los viajes al Continente, que descubrió Colón, de San Brendán en el siglo VI, de San Vigil, en el VIII, y del escandinavo Leif, hijo de Erico el Rojo, en el X. Además, antes de que hollasen y conquistasen Cortés y Pizarro los imperios de Moctezuma y de Atahualpa, las llamadas Indias occidentales aparecían, si bien fértiles, harto incultas y selváticas, donde no había y fué menester llevar el trigo, el toro y el caballo, el lino y la seda.

De aquí que las conquistas de los portugueses en la India oriental eclipsasen por algún tiempo el esplendor de las de Castilla. Los triunfos de Albuquerque refrenaban ó atajaban el ímpetu con que los turcos se iban enseñoreando del Asia, destruían el poder mercantil de Venecia, y daban á Portugal, desde Adén y Ormuz, el dominio en el golfo Pérsico y en el mar Eritreo, y el poder de amenazar ó de imponer tributos á la Arabia, al Egipto y á la Etiopia. Portugal se extendía además por la costa de Malabar, salvaba el cabo Comorín, pasaba más allá de Trapobana, y esperaba ya penetrar en el misterioso imperio de los Seras. Su espantable buen éxito hacía aún mayor impresión en los ánimos, porque ponía á los europeos en inmediato contacto con famosas, grandes y antiguas civilizaciones, y despertaba el recuerdo, eclipsándole con la comparación, de las fabulosas empresas de Osiris y de Baco, de los viajes marítimos de las flotas de Salomón y de Hirán, rey de Tiro, y de la expedición gloriosa del Macedón Alejandro.

¿Quién había de pensar en las islas y tierra firme del Océano, habitadas por oscuros y pobres salvajes, sin nombre en la historia, y tomándole por casualidad de un aventurero cualquiera, cuando Tristán de Acuña entró en Roma, en espléndido triunfo, como embajador del rey D. Manuel el Dichoso?

Figuraban en la pompa corceles árabes y persas ricamente enjaezados, una onza domesticada, varias alimañas feroces, y un elefante soberbio, como desde el tiempo de los emperadores gentiles no se había visto en la Ciudad Eterna, el cual, haciendo hisopo de la trompa, rociaba con aromáticas esencias á la apiñada y absorta muchedumbre. Cubierto de perlas y diamantes, cercado de orientales siervos y de gallardos pajes, y realizando el sueño del vate Mantuano cuando vió á César ser recibido en el cielo, *spoliis Orientis onustum*, Tristán de Acuña ofrecía al elegante León X almizcle, incienso, canela y clavo, porcelana y seda, y todos los tesoros y regalos de los palacios del Aurora, entrados á saco por los portugueses.

Pronto, sin embargo, se penetró el vulgo, en todas partes, de lo mucho que América importaba y valía, y la indiferencia primera, si en realidad la hubo, se trocó

en odio y en envidia. Ya en guerra, ya en plena paz con España, los Gobiernos de las naciones, más cultas entonces, consintieron y excitaron á los piratas y filibusteros para que saqueasen, quemasen y destruyesen nuestras colonias. Y Roberto Bahal, Francisco Drake, Juan Morgan, Bolmen, Guateral y cien otros, cometieron innumerables actos de crueldad, violencia y rapiña. Ni fueron más benignos y humanos los pocos aventureros no españoles que, al servicio de España, militaron contra los infelices indios de América. Juan Alfínger, por ejemplo, hizo con su bárbara fiereza buenos y piadosos á los más brutales tiranos.

Concedamos que todo fué culpa de aquella edad en que la filantropía, de que hoy se hace gala aunque no se sienta, aun no estaba muy en uso. Pero es insufrible, si no se toma á risa, que en nombre de filantropías, ternuras y tolerancias, desusadas y hasta desconocidas antes, se nos acuse, se nos condene y se nos maldiga, como á los más crueles y fanáticos

Aun siglos después de haber perdido nuestro predominio en Europa; y no pocos años después de perdido en América nuestro imperio, persiste el rencor contra nosotros, y, ni caídos, se nos perdona. Guizot asegura que puede escribirse, sin mentarnos, la historia de la civilización; Buckle, en un libro ingeniosa y eruditamente disparatado, afirma que los frecuentes terremotos, que hay en España, nos hacen harto temerosos de Dios, y por consiguiente malvados é incapaces; y Draper dice que, á fin de que los hombres no se vuelvan ateos y reconozcan que hay justicia divina, el cielo ha dispuesto que sea España, desolada y pobre entre prósperas y florecientes naciones, como un horrible esqueleto entre seres vivos y sanos; todo ello para ejemplar castigo de nuestra barbarie en haber destruído dos ó tres civilizaciones, y entre ellas la de los indígenas de América, que era superior á la nuestra.

Claro está que nosotros debemos despreciar tales vituperios, y mirarlos como broma de sabios, desabridos á veces y biliosos; pero no podemos menos de proclamar, en nombre del sentido común, que todavía, aunque nada más hubiéramos hecho que descubrir el Nuevo Mundo, colonizarle y fundar Estados en él, hubiéramos trabajado como pocos otros pueblos por la civilización material y espiritual y por todo progreso, así en acción como en teoría. Sin explorar y conocer la forma y extensión de la tierra, la mirada escrutadora del hombre no se hubiera lanzado con tino en la inmensa amplitud del éter, no hubiera sondado sus abismos y no hubiera aprendido allí las leyes que marcan el curso de los astros y el sistema del Universo. Nuestros navegantes y cosmógrafos son los precursores de Galileo, de Copérnico, de Newton y de Keplero. Sin el conocimiento práctico, adquirido y transmitido por los españoles, de selvas y ríos, de montes y cavernas, y de extrañas é inauditas faunas y floras, Buffon, Cuvier, Linneo, Lyell y Humboldt no hubieran aparecido tan pronto. Nuestro estudio de mil diversos y exóticos idiomas y de antes ignoradas razas humanas prestó asunto y principal fundamento á la ciencia del lenguaje y á la etnografía. Y la curiosidad científica, armada de estas nuevas ciencias, como el astrónomo del teles-

copio, columbró los remotísimos casos pasados, y, sumergiéndose en la noche de los tiempos, hizo resurgir, en los embelesados espíritus, emigraciones de razas, hazañas de héroes, florecimiento y caída de olvidados imperios, religiones, poemas y códigos, y serie larga de monarcas y dinastías, que duplicaban acaso el contenido de la historia, al remontarse á sus orígenes.

Á nueva edad de más extenso y alto saber llegó el mundo por el hecho que ahora celebramos; pero yerran igualmente así los que lamentan como los que aplauden la caída de la fe y el entronizamiento de la razón, desde entonces. Lo esencial de cuanto vemos sigue tan ignorado como siempre. Elifaz y Zofar atormentan aún á todo Job con sus cuestiones; la Esfinge propone á Edipo temerosos enigmas; y nos habla Isis sin levantar el velo que la cubre. Con vigilante obsesión nos rodea el misterio. Lo sobrenatural y lo incomprensible nos penetran y poseen. Cuanto hemos explorado en la tierra y en el cielo nada es en comparación de lo que no se explorará nunca. Y más clara y patente que en las profundidades etéreas se nos revela lo infinito en el abismo del alma. Aunque lo afirme el vate desesperado y ateo, es falso, por fortuna, que conocemos ya *el indigno misterio* y que la ciencia achica nuestra idea del universo y del hombre en vez de agrandarla.

Conviene sanar de esta ruin manía, de esta filoxera mental que deprime á los españoles. Si es probable que antiguos misticismos y elevaciones religiosas y poéticas concurrieron á nuestra perdición, más seguro es que la carencia de conatos y aspiraciones á lo ideal nos trae hoy tan desmedrados. Sólo calificamos de sensatez lo apocado, lo rastrero y lo corto de miras. Apenas se tiene por ciencia de gobierno otra que no sea la de la Hacienda, si tal ciencia existe y merece nombre de ciencia, cuando suele ser garantía de que alguien puede saberla y hasta prueba de que alguien la sabe, el que ese alguien no sepa absolutamente nada de ninguna otra cosa, ni humana ni divina.

Nadie podrá decir que no sea modelo de *positivismo* y que no esté curtido en la crematística el pueblo que el año que viene continuará la celebración del Centenario. Y, con todo, ese pueblo es confiado y está lleno de sublimes esperanzas, que al menos, mientras duran y no se desvanecen, elevan los corazones y apaciblemente los deleitan.

La Exposición y las solemnidades colombinas de Chicago van á adquirir superior realce y encanto, merced á un Congreso ó Concilio ecuménico, secular y enciclopédico, para el cual los Sres. Bonney, presidente, Brián, vicepresidente, y Butterworth, secretario, convocan y convidan á casi todos los sabios y semisabios de la tierra. Habrá también Congreso ó Concilio de mujeres doctas, que á veces deliberarán aparte, y á veces reunidas con los hombres, ya en promiscuas comisiones bisexuales, ya en Concilio pleno. Seis meses durarán las sesiones y no quedará ramo del saber que en ellas no se trate y dilucide, á fin de que se logren, entre otros bienhechores propósitos, la fraternidad de los pueblos, la resolución de los problemas económicos y sociales, la supresión ó disminución del pauperismo, de la locura y del crimen, el

aumento de la prosperidad y de la virtud, y la sustitución de la guerra por arbitraje venerando que realice la paz perpétua.

Aunque dudemos del buen éxito ¿cómo negar el aplauso á tan grandiosos planes? Derecho tiene á concebirllos y á proyectarlos, en su fundado engreimiento y juvenil arrogancia, el pueblo generosísimo que derramó con profusión su sangre y sus tesoros para romper las cadenas de millones de esclavos: que merece que se diga de él lo que el vate helénico cantó del hijo de Maya: que nació con la aurora y al medio día inventó y pulsó la cítara y robó á Júpiter el rayo; que infundió en la materia su espíritu activo é ingenioso, por medio de mil mecanismos sutiles: y que, apoderándose de las cósmicas energías ocultas, inútiles antes para el hombre, las tomó á su servicio y las transformó en luz y en movimiento, y en conductor alado que presta ubicuidad á la escritura, al sonido y al habla.

Confesemos con humildad que España, en su postración de ahora, no debe soñar nada que ni remotamente se asemeje á tales arrestos y bizarrías. Pero la celebración del Centenario ¿ha de ser flor estéril y sin fruto? ¿ha de reducirse á mero recreo, diversiones y pompas?

Nosotros no lo creemos; antes nos parece que, dentro de la inevitable modestia nacional, el Centenario puede y debe dar ocasión á que se reanuden ó se afirmen los lazos fraternales entre España y las Repúblicas que fueron sus colonias.

Á pesar de las discordias y tiranías y del desgobierno que ha habido en ellas, no se quebranta nuestra fe en su dichoso y gran porvenir, y cordialmente le deseamos y esperamos por orgullo y por amor propio de raza. Corroboran esta creencia y esta esperanza los enérgicos caracteres que han aparecido en el desenvolvimiento de la historia de esas Repúblicas; el tino y la prudencia con que han allanado las dificultades nacidas de la diversidad de gentes, ya indígenas, ya de procedencia europea, que habitan en su seno; los inesperados recursos que han desplegado en las situaciones más arduas; el saber, la inspiración, la elocuencia y el arte de no pocos de sus historiadores, oradores y poetas; el amor, el esmero y el acertado aviso con que á veces, hasta los más apasionados enemigos de España, han cultivado, conservado y fomentado el habla, la tradicional cultura y las letras de Castilla, como Bello, ambos Caros, Amunátegui, Cuervo, Juan Montalvo y León Mera; y la heroica persistencia y los bríos con que aquellos ciudadanos han sabido combatir en las guerras civiles, en las de unas Repúblicas contra otras, y en las que sostuvieron contra la Metrópoli al emanciparse de ella.

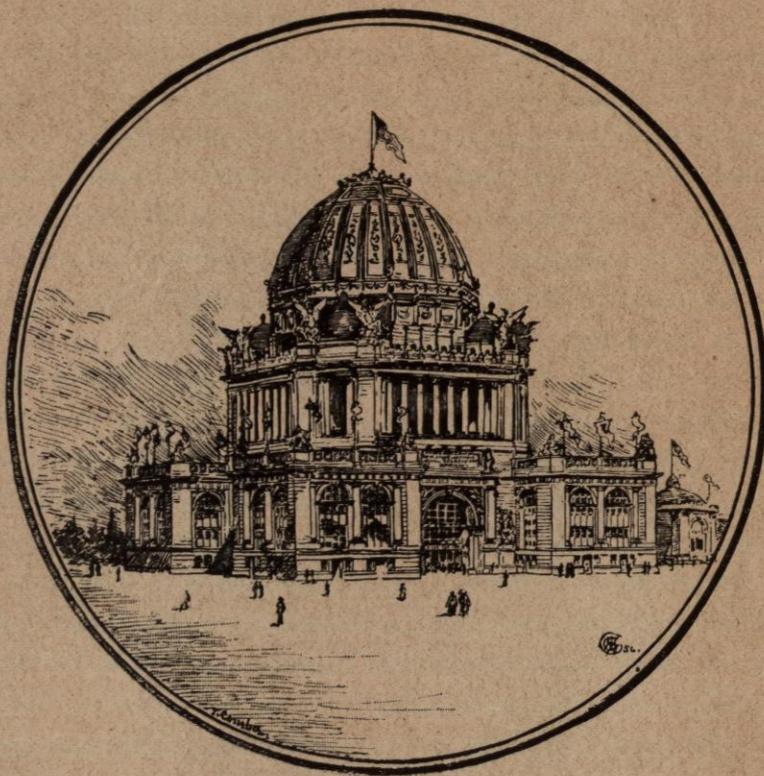
Depuesto ya todo enojo ¿cómo no reconocer que Simón Bolívar, por la magnitud de los esfuerzos empleados, no cede la palma á ningún libertador y fundador de naciones? Esperemos que, algún día, por la magnitud de las resultas, se iguale á Jorge Washington.

Nuestras miras en la celebración del Centenario deben dirigirse á que esta gran fiesta lo sea de suprema concordia, donde nos honremos y amemos, poniendo, por cima de la discrepancia política de los diversos Estados, un sentimiento de familia y

una común aspiración que en esfera más amplia nos identifiquen. Todo lo cual puede y debe tener fin práctico inmediato, ya por el desarrollo de nuestro comercio material, que abra de nuevo antiguos mercados, hoy más llenos de gente, y desvele y aguijonee al aletargado genio de la industria española; ya por el trato y convivencia mental, que vengan á hacerse más frecuentes entre España y América, y que, conservando y aun consolidando la unidad de nuestra acción científica y literaria, le den vigor ubérrimo, y la hagan más variada por la diversidad de Estados, climas y suelos, donde se emplee, y más distinta que hoy de la de otras naciones, y más original también, merced á su indeleble sello castizo y á su marcado carácter propio.

La REVISTA ILUSTRADA, sin adular la vanidad de nadie, sino declarando y sosteniendo severamente la verdad, procurará contribuir á que tan plausible fin se consiga.

JUAN VALERA



EXPOSICIÓN DE CHICAGO.—Palacio de la Administración.